



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

16 – El justiprecio del Príncipe

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

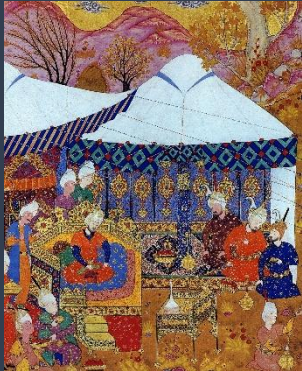


El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 16 – El justiprecio del Príncipe

“... Por fin, Yamâl Al-Dîn Shîha “el Maestro de las Argucias”, ha logrado reunir bajo su mando a todos los capitanes ismailíes, incluido Hasan de Bushnât; El-Zâher Baïbars ha conseguido reconciliar a los dos hermanos Bushnât: Hasan y Aïsha, y con su ayuda ha conquistado la ciudad de Trípoli. Por otra parte, no sabemos cómo, los dos prisioneros que habían dejado encerrados en la cueva de la taberna –el maldito fraile Yauán y su fámulo Bartacûsh– han desaparecido sin dejar rastro. De todos modos, y gracias a la estratagema de Shîha, se han hecho con el tesoro del reino y, lo que es más importante, han capturado al Príncipe y a sus más altos dignatarios. En esta entrega, vamos a presenciar una subasta, ordenada por el sultán, en donde se va a decidir lo que puede valer un cautivo; es decir, el justo precio de lo que el sultán El-Zâher considera que vale la cabeza de El Príncipe; pues el sultán aún no ha olvidado el trato vejatorio al que el babb franco había sometido a los cautivos musulmanes; vendiéndoles por una moneda, para luego atarles al yugo junto a un buey tirando del arado...”



El sultán, ocupando ya el salón del trono del palacio, en Trípoli, y enfurecido, comenzó a reprocharle al Príncipe sus perversas acciones:

– ¡Infame, descreído! ¿Es que las leyes de tu religión te exigen que vendas a los cautivos por un precio miserable para atarles al arado junto a los bueyes?

Era tal el enfado de Baïbars, que no pudo reprimirse, y le escupió al Príncipe en la cara.

– Pero, si vosotros mismos, musulmanes, cuando vuestros doctores de la ley os ordenan alguna cosa, diciendo que es la voluntad del Profeta, ¿acaso os podéis negar a ejecutarla? – protestó El Príncipe– Pues has de saber que para nosotros es lo mismo: el *rey pappa* Yauán nos ha autorizado a vender a los cautivos a ese precio y además, nos ha ordenado emplearlos en trabajos agrícolas: ¿cómo podíamos desobedecerle?!

– ¡Que Dios te maldiga! –exclamó el rey– ¡Esa es la excusa más impertinente que jamás he oído! Ahora vas a ver si tu Yauán puede aún servirte de algo.

Así, de entrada, el sultán ordenó que le dieran cien bastonazos al Príncipe; luego, obligándole a sentarse sobre el tapiz de sangre¹, se dirigió a los allí presentes.

– Grandes de Egipto –les expuso el rey– aquí tenemos a un hombre que ha vendido a capitanes musulmanes por un precio vil. Así que, por la presente, le pongo en venta a él mismo, a su reino, a sus bienes, y a las mujeres de su casa. Las pujas quedan abiertas. Tú, Ibrahim, harás las veces de subastador.

– ¿Hay algún hombre de bien que quiera abrir las pujas? –anunció, conforme al uso, Paladín de Doncellas.

– ¡*Ishté!* –exclamó el gordo de *Qalaûn– ¡Yo, comprar por diez piastras!

– ¡Para mí, por veinte piastras! –lanzó *Edamor.

La subasta apenas llegó a las cien piastras: nadie quería ir más allá.

– ¡Pero bueno! ¿qué os pasa? –les animó el rey– ¿Nadie da más? Vamos, un poco de audacia, ¡qué diablos!

– No vamos a dar ni una piastra más –le respondieron–; porque no vale más de eso.

– Yo; ¡yo lo compro por su peso en oro, plata y piedras preciosas! –intervino entonces la mujer del Príncipe, que asistía indignada a la subasta.

– ¡Eso no vale! –protestó el sultán– Nadie me ha propuesto hasta ahora su justiprecio, y yo no lo voy a dejar más que a aquel que sepa estimar su auténtico valor.

Ante esas palabras, el visir Shâhîn salió discretamente del salón para, poco después, volver con un paquete en la mano envuelto en un pañuelo de mucho valor; de esos con los que se suelen regalar joyas o piedras preciosas.

– *Efendem*, ¿me lo venderías a cambio de lo que contiene este pañuelo? –le preguntó al sultán.

– Te lo vendo –asintió El-Zâher Baïbars.

– Pero antes vamos a dejar bien clara una cosa –prosiguió el visir–: el precio será tan solo el contenido de este pañuelo; pero el pañuelo no entra en el lote y me lo tendrán que devolver.

– Entendido.

El visir deshizo su paquete, y de él cayó al suelo una babucha vieja, toda rota y sin suela.

– ¡Tú sí que has sabido valorarlo, mi querido visir! –aprobó el rey– Sí; ese es su justo precio: te queda adjudicado.

– ¿Cómo, tú, *rey* –exclamó, ofendida la esposa del Príncipe– vendes a un noble y poderoso rey por una vieja babucha? ¡Espera un poco a que yo salga de aquí y se lo cuente

¹ Se refiere al tapiz usado para las ejecuciones, en donde se colocaba al condenado.

a mi padre, el rey Kushanûsh! ¡Ya verás, cuando venga a la cabeza de su ejército y someta a sangre y fuego a todo tu reino!

– ¡Maldita mujerzuela! –tronó el sultán– Merecerías que te mandara matar, pero no voy a abusar de mi poder contra una dama. Ibrahim, ¡córtale el pelo!

Entonces, cortaron las dos trenzas a la esposa del Príncipe, y luego, el sultán convocó a El-Batarni:

– Vas a meterme a esta escandalosa en cualquier barcaza, y te la vas a llevar adonde ella quiera –le ordenó el rey–. En cuanto a su padre, ese perro sarnoso de Kushanûsh, ya veremos si se atreve a protestar.

El corsario la condujo hasta el puerto, la embarcó en una vieja tartana¹ y requisó a un *capetan* con su tripulación, al que mandó que la llevaran con su familia; luego, El-Batarni volvió a informar al sultán. Éste, dio la orden de arrasar la ciudad; los soldados se pusieron manos a la obra en el acto, y no dejaron piedra sobre piedra. Una vez reunido todo el botín, se repartió entre los combatientes, después de coger una quinta parte para el tesoro público. Luego, con el corazón en paz y saboreando aún la venganza, el sultán dio por fin la señal de partida. El Príncipe, vestido con una túnica echa girones, descalzo, con la cabeza al descubierto, y bien atado y sujeto a un viejo jamelgo cojo, figuraba en un buen lugar del cortejo. Antes de partir, el rey concedió un manto de honor a Hasan.

– Lleva a tu hermana a la ciudadela y reconcíliate con tus hombres –le dijo el rey–. Cuando quieras, ven a reunirme conmigo a El Cairo.

– Te lo ruego, *efendem*, dispensa a mi hermano de su servicio en la Corte –imploró Aïsha–. Nuestro padre y nuestro hermano mayor están ausentes: no me prives de su presencia.

– Está bien –concedió el rey– Que esté aquí o que esté allá, poco importa, siempre que participe en las campañas militares.

Hasan, entonces, se despidió del rey, y su hermana y él regresaron a su ciudadela. En cuanto a El-Zâher, después de un viaje sin mayores incidencias, llegó a la Jâniqa², en acampó para pasar la noche. A la mañana siguiente, disfrutó de un festín para celebrar su regreso y distribuyó el resto entre su ejército. El príncipe heredero, El-Saïd, vino a su encuentro para recibirle y entregarle los atributos reales y la espada ceremonial, y, el sultán, revestido con los símbolos del Estado, se puso a la cabeza del desfile e hizo su entrada solemne en su capital, entre aclamaciones y alborozos, escoltado por sus soldados, que sacaban pecho con aire marcial. En cuanto llegó, ordenó que arrojaran al Príncipe a las mazmorras con los otros tres reyes cautivos, y después, tras descansar durante tres días,

¹ Se refiere a una embarcación pequeña, de un mástil y vela latina, usada para hacer viajes cortos de cabotaje.

² Es una vasta llanura situada a media etapa de El Cairo.

reunió a su Consejo, confirmó a los dignatarios en sus puestos, y proclamó una amnistía general; después, volvió a retomar las riendas del gobierno, gozando de unos días felices y apacibles.

[Una nueva y prolongada laguna –por desgracia demasiado numerosas en esta parte del manuscrito, que ha sufrido considerablemente los rigores del tiempo– nos priva de las sucesivas capturas de Kushanûsh, el suegro del Príncipe, furioso por el ultraje infligido a su yerno, así como de un tal Astalût del Golfo. A lo largo de estas peripecias, Yauán y Bartacûsh de nuevo son hechos prisioneros. Eso, sin contar que desde hace tiempo, en las mazmorras de Baïbars se pudren ya hasta siete reyes francos; pero, al llegar a ese fatídico número, ¿alguien se podría extrañar de que el relato tomara súbitamente un nuevo giro?]



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.17 ~ “La cólera del rey”